

Pensar la república: revolución y positivismo en los orígenes de la tercera república francesa

Vladimir López Alcañiz

Resumen / Resum / Abstract

El artículo reflexiona entorno la idea de república durante la tercera república francesa. El artículo incluye una bibliografía comentada referente al legado de la Revolución y los orígenes de la República. / *L'article reflexiona entorn la idea de república durant la tercera república francesa. L'article inclou una bibliografia comentada referent al llegat de la Revolució i els orígens de la República.* / *The article focus on republic thought during the third french republic. It includes a bibliography about Revolution heritage and republic's origin.*

Palabras clave / Paraules clau / Key Words

Democràcia, empirismo, postivismo, república francesa, revolución francesa. / *Democràcia, empirisme, postivisme, república francesa, revolució francesa.* / *Democracy, empirism, positivism, french republic, french revolution.*

1. Hay preguntas por el presente que nos invitan a rastrear la historia: ¿cómo asentar la participación afectiva en una realidad política sin renunciar a la idea cosmopolita?; ¿cómo conjugar la libertad individual con los fines del Estado? Dos cuestiones éstas que el proceso de globalización ha puesto de actualidad y que encontramos también en el proceso de elaboración intelectual de la idea republicana. El individuo y la nación soberana son dos categorías nacidas de la modernidad que a menudo colisionan entre sí. Esta tensión se puede registrar en el momento fundacional de la contemporaneidad: la revolución francesa de 1789. Entonces se destruye el antiguo régimen y se da paso a la democracia. En la nación residirá la soberanía y en el individuo libre y autónomo -el ciudadano- estará la fuente última de la legitimidad política. Gesto típicamente moderno.

2. Hay que reconocer que de entonces nos separan más de dos siglos. Pero podemos decir que el mundo inaugurado en 1789 y el salido de 1989 tienen algo en común: los dos representan un punto de inflexión en la historia que invita a pensar cómo recomponer el orden mundial sobre nuevas bases. Entonces era por el impacto de la revolución francesa y ahora por las transformaciones tras la desaparición de la Unión Soviética. Por si esto fuera poco, aunque hoy parezca que vivamos en un mundo posrevolucionario, nos seguimos pensando en función del legado de la Ilustración y de la revolución francesa.

3. Indagar hoy acerca de los orígenes del republicanismo en Francia es además una tarea tempestiva, toda vez que los debates actuales sobre el papel que ha de ocupar el estado-nación en el siglo veintiuno han avivado de nuevo la idea republicana. Una idea que hoy vuelve a plantear un desafío a la sociedad liberal. Ya no se trata de una teoría de los fines del Estado ni mucho menos de una idea de la vida activa como bien último. El desafío está en otra parte. Está en la fuerza de su capacidad retórica: en el convencimiento mediante la argumentación en un



contexto en que la solución al problema no es conocida de antemano. El republicanismo es intrínsecamente ejercicio de la razón pública y del juicio. O lo que es lo mismo: es quizá el mejor andamiaje cultural para la democracia.

4. Es verdad que después de la segunda guerra mundial la idea republicana padeció el descrédito de la Tercera República, acusada de haber sacrificado la sociedad al Estado y de haber dado largas a las demandas de igualdad social; de haber predicado una moral de la sumisión y de haber llevado a cabo una política colonial sin escrúpulos. Sin embargo, aquí no se tratará de desmontar las falacias sobre las que se asienta un determinado sistema político. Como hiciera Kant con la revolución francesa, vamos a apostar por mantener una relación con los principios antes que con los hechos.

5. Aunque el estudio sobre los comienzos de la Tercera República parta de una pregunta por el presente, tengo muy en cuenta la miseria del historicismo que consiste en narrar la historia de manera finalista y en utilizar a sus protagonistas para unos fines que no fueron los suyos. En la filosofía kantiana hay una lección ética que fácilmente puede incorporarse al código deontológico del historiador. Se trata del imperativo que conmina a no emplear a otras personas como medios para satisfacer fines ajenos. Cada persona es un fin en sí misma. Si concedemos este derecho al pasado, se disuelve la idea misma de la filosofía de la historia. El pasado tiene derecho al recuerdo y por ende a no ser un instrumento de la teleología.

6. El tiempo de la historia lo marcan los caminos de la reflexión y de la acción. Las personas aumentan por un lado su experiencia y por el otro se animan a la decisión. Conciencia teórica y conciencia práctica, explicación de los hechos y producción de nuevos hechos, constituyen a las personas. Por eso este artículo tiene dos ejes: la 'memoria' y el 'proyecto'. El recuerdo de la idea republicana y el proyecto de república que se hace en torno a 1870. Además, la descripción de la 'historia'.

7. La 'memoria' atiende a la creación del mito revolucionario y sobre todo a las diversas relecturas que de él se hacen en vísperas de la Tercera República. ¿Cuál es la revolución de la república? ¿Qué elementos de la tradición republicana perduran en 1870? El 'proyecto' a cuenta del pensamiento político de los fundadores intelectuales y políticos de la república: Émile Littré, Charles Renouvier, Jules Ferry. Una selección sin duda, pero que quiere dibujar el contorno de la 'síntesis republicana'. El 4 de septiembre de 1870 no produce tanto un acontecimiento revolucionario cuanto una carencia de imperio. Pero lo que nos interesa es que desata un momento de definición del nuevo sistema político: es el momento republicano.

1. La memoria

8. Hablar de la cultura política republicana en Francia requiere una referencia insoslayable al episodio de su nacimiento: la revolución francesa de 1789. La conversión del Tercer Estado en Asamblea Nacional y el voto de la Declaración de Derechos marcan el impulso central del republicanismo: el súbdito debe ser ciudadano. 1789 es a ojos de sus contemporáneos el año cero de un mundo nuevo fundado en la igualdad y en la libertad. Es la clave que separa el pasado del futuro. Los separa y, por lo tanto, los define y los explica. Por eso desde entonces el pasado va a llamarse 'ancien régime'.

9. De la 'ruptura revolucionaria' se tiene conciencia tanto en 1789 cuando se vive como en 1870 cuando se recuerda. Podemos hablar de 'ruptura' si observamos la transformación de la forma de pensar las relaciones del individuo con la sociedad. Una manera genuinamente

'moderna' si se nos concede que la idea motriz de la modernidad es el pensamiento del 'yo'. Lo ilustra la Déclaration des droits de l'Homme et du Citoyen. Aquí podemos entender la conjunción 'et' como un nexo de unión. Pero podemos también darle el sentido del adverbio latino 'etiam' que es su origen: 'además, también'. Vemos así cómo la disociación entre 'el hombre' y 'el ciudadano' representa la escisión moderna entre ética y política. En el horizonte de reflexión política antiguo 'el hombre' se reconoce como tal porque es ciudadano. Por tanto: es la comunidad la que confiere derechos al individuo. Pero en la formulación de 1789 los derechos del hombre son anteriores en términos lógicos a su vida en sociedad.

Derecho natural y contrato social

10. Esto nos lleva a la principal discontinuidad en el pensamiento político francés del siglo dieciocho: la introducción de la filosofía de los derechos naturales y del contrato social. El Contrato social de Rousseau juega un papel de pivote en la elaboración política de la 'soberanía nacional' y de la 'voluntad general'. Su teoría se levanta contra el despotismo en tanto que su exigencia de généralité se dirige contra la ilegítima particularité del poder absoluto.

11. Los derechos naturales reflejan a la perfección cuál es el objetivo primero de la revolución: el combate contra el despotismo y la tiranía. Su misma aparición es ya revolucionaria en el sentido en que pretenden ordenar un mundo donde no hay derecho. Eso nos remite al universo kantiano. Lo que compete al Estado es la instauración del derecho. Porque sin él no es posible la conciliación de las voluntades individuales con las imposiciones morales de la razón práctica. En esa conciliación se fundamentan la igualdad, la autonomía y la libertad de cada uno; elementos que están en la base de una constitución republicana.



La libertad de la república

12. Philippe Raynaud sugiere que la Declaración es una síntesis -de compromiso, si se quiere- entre dos concepciones distintas de la libertad cuya mezcla enriquecedora supera los aspectos 'negativos' en los que a veces determinado liberalismo ha querido encerrar la libertad. De un lado tenemos la versión liberal de inspiración inglesa que en Francia había defendido Montesquieu: es preciso hallar el equilibrio de fuerzas que proteja al individuo y a sus derechos naturales de injerencias arbitrarias del poder. En la base de esta libertad está la convicción en la extrema disimilitud de los intereses de las personas. Del otro lado hallamos la versión republicana según la cual la libertad no existe plenamente sino es como participación del ciudadano en la marcha de la colectividad. Así piensan Mably o Rousseau. Crean que tras la deliberación sobre un problema político, la voluntad racional de las personas ha de coincidir. Por tanto, podemos decir que las raíces de esta concepción presuponen una extrema similitud en la naturaleza humana. La síntesis recoge, según Kent Wright, lo mejor de la tradición del humanismo cívico que emerge con el Renacimiento.

Los discursos de la igualdad

13. La libertad y la igualdad son términos tan difícilmente reconciliables cuanto separables, toda vez que lo recíproco de la libertad es la igualdad. Esto es: la libertad de uno pasa por no estar sometido al dominio de otros. Ese es el ideal republicano de libertad como no-dominación. Antes de la revolución, Rousseau querrá combinar la mayor libertad posible con la mayor igualdad posible y comprenderá la dificultad de encontrar criterios universales para definir las necesidades humanas. En este sentido, el episodio revolucionario ilustra el problema que

supone fijar un solo discurso de la igualdad. Primero, se preocupa por una igualdad de derechos que dé prioridad al mérito, luego tiende hacia una igualdad de bienes y finalmente, vuelve a reconciliarse con la desigualdad y con la propiedad.

14. Sobre esto escribe Tocqueville cuando distingue tres formas de igualdad: la igualación jurídica, la igualación de los derechos políticos y la igualdad de las condiciones de la existencia material. Dice al respecto Mona Ozouf que "la Asamblea Constituyente realizó plenamente lo primero, imperfectamente lo segundo y nada en absoluto lo tercero". Porque la revolución opta por la meritocracia, cuyo rasgo esencial es la crítica devastadora que dirige contra la plutocracia, o lo que es lo mismo, contra el privilegio. A pesar de sus puntos positivos, esta lectura de la igualdad también recibe críticas. La principal ve en ella el peligro del elitismo y se pregunta dónde quedan las necesidades y las capacidades de las personas. Emerge entonces una idea nueva, nos dirá Saint-Just, en la política: la 'felicidad' de los ciudadanos como la meta del buen gobierno. Aquí la lanza no se dirige contra la desigualdad de talento sino de bienes, que tanto D'Argenson como Mably entienden como la principal causa de la disgregación de la comunidad de ciudadanos.

15. ¿Cuál debe ser entonces el criterio de igualación? ¿No se está concediendo la igualdad formal para rehusar la igualdad real? La igualdad exige que preguntas como éstas sean contestadas: ¿igual a qué?, ¿igual a quién? Ese será el debate del republicanismo. Por lo pronto, avanzamos que si bien es cierto que en su vertiente formal la igualdad disimula las profundas desigualdades de la sociedad, también lo es que su mera concepción supone un giro importante contra el privilegio tanto tiempo soportado.

La comunidad de ciudadanos

16. '¿Libertad para quiénes? ¿Igualdad entre quiénes?'. Este tipo de cuestiones están sobre la mesa de las distintas asambleas constituyentes del periodo revolucionario. La creación de una constitución presupone una realidad anterior. En *Qu'est-ce que le Tiers État ?* Sieyès afirma la existencia de la nación como última realidad política y por tanto anterior a cualquier forma constitucional: "La nation existe avant tout, elle est à l'origine de tout".

17. Es posible rastrear la genealogía de esta idea en Montesquieu y en Rousseau. Hay algo anterior a la ley y hay algo anterior a la voluntad general: el espíritu de las leyes compartido y una comunidad susceptible de convertirse en sociedad civil a través de un contrato. La genealogía del constitucionalismo transita también por otros autores. De Locke a Kant, el derecho divino es reemplazado por el derecho natural y éste a su vez da paso al derecho positivo. De todas estas fuentes beben los revolucionarios cuando descubren la soberanía nacional necesaria para destruir el antiguo régimen.

18. La soberanía nacional será la voluntad general pero se expresará de forma representativa, a diferencia de lo deseado por Rousseau. Una cosa está clara: es la razón y no la tradición la que debe fundar el nuevo orden social. Las implicaciones de esto son múltiples. Si la sociedad debe organizarse según la razón, no puede aceptarse que aquella esté dividida en órdenes. La nación es la representante de la voluntad común: voluntad que, por ser común, no puede ser expresada a través de un cuerpo dividido en órdenes. De modo que la expresión de la nación debe ser unívoca: de ahí la dificultad para reconocer la existencia de partidos (¿cómo aceptar que una 'parte' represente la voluntad general que es por definición el 'todo'?); de ahí también que la Asamblea Nacional sea -al menos hasta 1795- unicameral y que los representantes en ella presentes lo sean 'de la nación' y no del territorio del que proceden.

19. Para visualizar la 'ruptura', podemos argumentar que la novedad histórica que representa el surgimiento de la Nación se expresa simbólicamente con el nuevo calendario que hace de la Constitución de la República, la del Año I. Precisamente, en ese texto podemos leer sobre el establecimiento de "des fêtes nationales -el énfasis es mío- pour conserver le souvenir de la Révolution française, entretenir la fraternité entre les citoyens, et les attacher à la Constitution, à la Patrie et aux lois". Esto demuestra el carácter fundacional de la nación francesa que se arroga la Constitución. Y en rigor es cierto, puesto que no hay nación si no hay ciudadanos y la Carta expresa su existencia jurídica por vez primera en la historia de Europa.

Terror y Termidor

20. La revolución fue en buena medida un laboratorio político del que podemos observar el alcance de la difusión de las ideas que generó y los problemas que dejó planteados. Sus aciertos y sus errores, sus logros y sus quimeras, serán durante el siglo diecinueve motivo de debates académicos y discusiones políticas no pocas veces enconadas. Por eso la revolución es también una lección de historia: la de la aplicación práctica de los principios y la de la fidelidad o la traición a la teoría.

21. Una de las cuestiones más acuciantes y recurrentes sobre el episodio revolucionario es la que se pregunta por su momento terrorista. ¿Cómo hombres libres, iguales e independientes por naturaleza, pueden terminar sometidos a una dictadura? Es cierto que no puede hablarse de dictadura jacobina si no es en la acepción romana de la palabra: una magistratura de excepción justificada por las exigencias de la salvación pública y limitada a la duración de los peligros. Pero para Robespierre y más aún para sus partidarios el Terror tenía un propósito mucho menos coyuntural y mucho más elevado que ganar la guerra que amenazaba el futuro de la revolución. Pero su regeneración social comenzaba a injerir en las libertades y en las seguridades individuales. La cuestión de fondo se hace insoslayable: ¿por qué existió el Terror?; ¿fue la fuerza de las circunstancias la que lo desató o fue la violencia revolucionaria una reacción desmesurada a la amenaza fantasma de la contrarrevolución?

22. Lo más sensato es considerar que ni la revolución estaba viciada desde el principio ni fueron las circunstancias excepcionales la única causa de la explosión de violencia. Uno de los puntos más controvertidos sobre el asunto es el de la virtud republicana. ¿Qué es en realidad la virtud? Según Albert Camus es la conformidad con la naturaleza en el terreno de la moral y la conformidad con la voluntad general en el espacio de la política. El jacobinismo pasa así del plano cívico al plano moral y de la virtud cívica a la virtud en el sentido estricto. Toda corrupción moral es a la vez una corrupción política. Y viceversa. ¿Dónde está la frontera entre lo público y lo privado? Como Rousseau, los jacobinos apuestan por la transparencia total de la sociedad. El gobierno debe ser virtuoso a imagen y semejanza del pueblo gobernado. Este paso introduce la legitimación ética de la política, que pierde así su aspecto formal para llenarse de contenidos morales. La fractura entre la ética y la política que tan elocuentemente expresa la distinción entre el 'hombre' y el 'ciudadano' se suelta y la frontera entre lo público y lo privado se desdibuja.

23. El pueblo termina definiéndose no por la representación sino por la reconstrucción que de su imaginario social hace la conciencia revolucionaria encarnada en el poder demiúrgico de la acción política. Paradójicamente, el pueblo acaba sometido a la tiranía de la libertad. Los valores que dicta la virtud deben realizarse en y a través la acción política. Estos valores se encarnan en el individuo y lo transforman en un sujeto colectivo, susceptible de ser purgado de las enfermedades que lo aquejan.



24. Tras la caída de Robespierre, adviene la denuncia unánime del 'sistema del Terror', como se dirá ahora. Los seis primeros meses tras el 9 Termidor suponen un proceso de deconstrucción de la estructura política, institucional y simbólica del jacobinismo. ¿Qué hacer con la memoria del Terror y con su personal político? Las respuestas que dan los termidorianos son fragmentarias y parciales. Pero tomadas de una en una, componen una imagen bastante clara de su opción, una mezcla de razón política y emoción personal: de todas las vías posibles que los tenían para salir del Terror, ellos optaron por la venganza.

25. ¿Qué espacio político establecer tras el Terror? Esa es la pregunta cuya respuesta ensayará la nueva Constitución, que querrá deberá definir el marco semiótico e institucional de una república liberal y representativa. Lo cual conlleva, tal y como se expresará ahora, terminar la revolución. Dos ideas resumen la vocación del texto: orden y progreso. Lo cual queda reflejado en la declaración que precede al texto. Por vez primera, junto a los derechos del hombre están sus deberes. Entre estos últimos, llama poderosamente la atención el artículo cuarto: "Nul n'est bon citoyen, s'il n'est bon fils, bon père, bon frère, bon ami, bon époux". Vemos cómo la cultura democrática da paso a un moralismo paternalista que trata de inculcar machaconamente los 'verdaderos' valores políticos y culturales a la sociedad.

26. El nuevo orden constitucional supone una victoria de lo político frente a lo social, toda vez que el gobierno frena la articulación de la cultura democrática de base y yugula al movimiento popular con la disciplina del Terror. Las elites directoras no solamente querrán ahogar en la base la cultura democrática que las ha aupado al poder sino que también tratarán de vaciarla en los niveles parlamentario y gubernamental. Sin embargo, para estabilizar su poder, tendrán que dar un paso más: al no poder evitar los bruscos cambios de mayorías parlamentarias, ora a la izquierda ora a la derecha, el Directorio introduce ciertas correcciones electorales que vacían las reglas de juego democráticas. Destierra a diputados realistas y anula actas jacobinas, según convenga. De esta suerte la democracia está vendida.

Los rostros de Jano

27. Hay un hecho sustancial que Alphonse Aulard pone de relieve en su *Histoire politique de la Révolution française* de 1901: los grupos y las sociedades que catalizaron la sociabilidad política durante la revolución son el precedente de los 'partidos'. Cuando Bonaparte los suprime, termina la revolución. O dicho de otro modo: la base de la República reside y debe residir en los partidos. En la representación partidaria de la voluntad de la nación. Creer que la racionalidad conduce inexorablemente al acuerdo es una aporía. Por eso es necesaria la existencia de partidos. De aquí podemos extraer una lección: en primer lugar, si ni la 'democracia social' ni la 'república de los propietarios' logran consolidar el Estado de Derecho es en parte por el menosprecio que muestran hacia los partidos, facciones entonces.

28. Ahora bien: esto no obsta para que consideremos los aspectos positivos que la memoria republicana guarda de los momentos jacobino y directorial. Del primero hay que reconocer que el jacobinismo está en la base de una tradición política que ha manifestado su compromiso con los valores del liberalismo de izquierdas y de la democracia social. Del segundo es preciso subrayar que en la conciencia de los republicanos la Constitución de 1795 tiene el valor de fundar una 'república de lo posible'. Además, durante el Directorio los Ideólogos con Condorcet como referente, tratarán de establecer unas ciencias humanas, éticas y políticas, para la comprensión global del ser humano. Lo cual recoge la herencia de la Ilustración y la Enciclopedia. De hecho, lo axial en la obra de los Ideólogos es el progreso de la ciencia y de la instrucción. Quizá porque pensaron que la república es, en extremo, el sistema en que todos los

ciudadanos son también filósofos. "¿Quién no ha reconocido en este retrato -se pregunta Claude Nicolet- la Tercera República bajo el Directorio?" Y en cambio, la Troisième ninguneó a los Ideólogos. Pero entre los tiempos de los Ideólogos y los de Jules Ferry las coincidencias son numerosas: la soberanía nacional con el límite de las garantías individuales, el ideal de una república rural de pequeños propietarios, el combate laico por la educación 'nacional'. Y todo ello con una idea de fondo: todo conocimiento es una moral y existe una moral del conocimiento.

29. Puede recordarse al respecto la determinación de un Jules Ferry que, a raíz de la lectura de Condorcet, decide dedicarse plenamente a la consecución de una idea: la enseñanza para todos. De hecho: este es el núcleo duro de la herencia que el republicanismo recoge de las Luces y la Revolución. Porque en rigor, si hay algo que el republicanismo haya reivindicado siempre de manera unánime, eso no son más que dos cosas: la Declaración de Derechos de 1789 y el proyecto de educación pública universal.

Noventa y tres, ochenta y nueve

30. La República se quiere eterna y sin edad. La radical novedad del acontecimiento hace que la identidad republicana sea la de la destrucción de la tradición. Pero esto va a generar una tensión entre la ruptura y la continuidad, toda vez que la República de los derechos del hombre es a la vez el cumplimiento de la Ilustración y una novedad irreversible. Será la Tercera República la que romperá con la aversión por la tradición. En 1870 y sobre todo en 1880 se descubre la duración. La República será legítima porque va a durar y a la vez, la duración la hará legítima. ¿Qué ha cambiado, entre 1790 y 1880? Pues la conciencia histórica. O mejor: la influencia del positivismo. Por eso se descubre también la importancia del conocimiento y la interpretación de la historia. El sueño de Ferry será el de reclamar legítimamente a todo el pasado nacional los jalones de la historia del orgullo francés.



31. El espíritu positivo enlaza el pasado con el presente y la historia con la política. Por eso es necesario fijar cuál es la memoria de la revolución. Un ejemplo del doble nexo que hemos apuntado podemos verlo en la defensa de los girondinos ante el envite de la historiografía de la contrarrevolución. Esa defensa -de Quinet, de Ferry- deviene una de las formas de oponerse a la política del Imperio. Y más tarde, Ferry tendrá la convicción que del éxito de la República dependerá su capacidad para librarse de la memoria del Terror. Por eso 'l'école de la France' será la escuela que enseñará la tradición del ochenta y nueve.

Combates por la historia

32. Después de 1848 el campo semiótico del pensamiento político se amplía. La eclosión del cuarto estado destruye retrospectivamente la ilusión de la unidad del Tercer Estado realizando las etapas del progreso. La reflexión sobre la revolución recupera las obras de Montesquieu y Burke y De Staël, entre otras. Así, con las Consideraciones toma fuerza la idea de la desviación de 1793. Habrá una fractura en el campo republicano entre los que reclaman la memoria de la revolución en bloque y quienes denuestan el episodio terrorista. La controversia puede seguirse a través de la polémica que suscitó La Révolution Française de Quinet en 1866. La obra recoge la esencia del pensamiento liberal: la doctrina de la salud pública reproduce los males de la razón de Estado y de la Inquisición. Con Quinet podemos recordar el viejo lema 'vivir libre o morir' y preguntarnos: "¿por qué aquellos hombres que supieron morir tan admirablemente no pudieron ni supieron vivir en libertad?"

33. Pero la obra que por su agresividad más acicateó a la historiografía republicana fue *Les Origines de la France contemporaine* que Hippolyte Taine comenzó a publicar en 1875. Él saca a relucir la confrontación social enmascarada bajo la ficción del Tercer Estado: critica lo que el llama "la conquista jacobina" de Francia, el proceso de abstracción filosófica en las Asambleas y el gobierno de las masas. Luego adviene la República. Alice Gérard nos recuerda hasta qué punto la memoria de la revolución constituye un símbolo: a la sazón el principal cleavage entre izquierda y derecha sigue siendo la adhesión o el rechazo de los principios de 1789. Por eso cuando la Troisième se hace verdaderamente republicana encuentra en la revolución la sustancia de la nueva liturgia: el 14 de julio de 1880 se fija la fiesta de la nación. Con Michelet y Comte, la narración de la revolución será nacional y dantonista, romántica y positivista.

Historia y memoria

34. La Tercera República reescribe la historia. Se toma conciencia de que la Revolución es el nacimiento de la modernidad. Pero no el nacimiento de Francia. De modo que la tarea que se impone es la de anudar el discurso histórico del antiguo régimen con el del republicanismo. La evocación y la rehabilitación del pasado nacional responde a una vieja consigna de Madame de Staël: la República no será nunca verdaderamente republicana hasta que no integre lo mejor del antiguo régimen. La cuestión es encontrar el hilo que une la historia de Francia y la conduce hacia su cumplimiento: la República. La historia se concibe como una colección de momentos estelares y personajes ejemplares que jalonan el camino hacia el presente glorioso. Así se compone un texto a medio camino entre la necesidad histórica y la novedad radical: ni una filosofía de la historia que supone el poder demiúrgico de una razón escondida ni una historia atemporal y prodigiosa que evita el juicio moral.

35. En el fondo, la idea que legitima esta concepción histórica es la fe en el progreso. Pero: ¿quién es el juez del progreso? Aquí el republicanismo se aleja de Comte y se acerca a Renouvier: nada de juzgar la historia internamente, los republicanos de 1880 tienen la total libertad de incorporar o de rechazar un hecho histórico en su 'reconstrucción del progreso en la historia'. El individuo republicano puede salir de la historia para juzgarla. Esto rompe en cierto modo con la idea de la unidad y de la sociedad indivisa. Porque en efecto algo que aprende paulatinamente la República es a valorar positivamente la pluralidad y el disenso y la discordancia entre los intereses individuales. En fin: el republicanismo moderno aprende a subordinar el bien a la libertad. Es cierto que la suya será una libertad cívica y participativa y no sólo negativa. Pero en todo caso, la libertad estará siempre por encima de la virtud.

2. La historia

36. El 4 de septiembre de 1870 París proclama la República. El emperador es ahora prisionero del enemigo en Prusia y la emperatriz, una fugitiva hacia el exilio en Inglaterra. Nadie sale a luchar por las cenizas del imperio. Los conservadores se evaden porque su alineación con el poder respondía a una promesa de paz. Los partidarios de la gloria exterior permanecen paralizados ante la fragilidad militar de su Francia. De modo que el soberano se queda sin soportes. En realidad la dinastía de los Bonaparte no tuvo verdaderos partidarios sino sólo advenedizos que se acomodaron bajo su paraguas. La magia de su nombre entre el pueblo, Luis Napoleón, hizo posible su elección en 1848. Pero la magia se evapora con la derrota, toda vez que la verdadera legitimidad de un imperio es la que se asienta en la victoria.

37. Entre la Segunda y la Tercera repúblicas Francia se ha transformado a causa de la industrialización incipiente y la leve aceleración del crecimiento económico. Esto conlleva la redistribución de la población y la formación del fenómeno obrero. Ahora bien: el cambio político axial que concierne tanto a los habitantes del campo como a los de la ciudad es el aprendizaje del sufragio universal. La Primera República establece el sufragio masculino universal. Pero no llega a aplicarse. Después del Imperio, la Restauración y la monarquía de Julio asientan su representatividad sobre un cuerpo electoral minúsculo. La Segunda República confiere a los franceses los derechos prometidos en 1792, pero la historia se le echa encima. De modo que durante el Segundo Imperio la práctica del sufragio y la lógica parlamentaria obtienen el consenso de la mayoría de las tendencias políticas, de Thiers a Gambetta. Dos personajes centrales de la Tercera República, la más larga de las repúblicas.

Gambito de salida

38. El 1 de septiembre de 1870 tiene lugar la capitulación militar del Imperio. La noticia tarda tres días en llegar a París. El pueblo reclama la República y Jules Favre y Léon Gambetta la proclaman en el Hôtel de Ville. El gobierno provisional será un gobierno de Defensa Nacional y, como tal, estará presidido por un militar: el general Trochu. Favre será el vicepresidente y tendrá la cartera de Asuntos Exteriores, Gambetta será ministro del Interior y Jules Ferry, alcalde de París.

39. La situación política en 1870 recuerda a la de 1793. La principal similitud es que la confrontación social se despliega, como entonces, en torno a la guerra. Y en esa situación de guerra la acción de París vuelve a eclipsar a la Francia rural. En París, la reivindicación de autonomía municipal quiere escapar a la opresión del Estado e incluso a la práctica del sufragio universal. Toma cuerpo un movimiento revolucionario notablemente heterogéneo que se asienta sobre las bases de la democracia directa y de la ciudadanía en armas. El sufragio universal es en cambio el punto de apoyo de los conservadores y de los republicanos moderados. Éstos lo van a concebir como un sustento de la legitimidad de la República y a la vez como un punto de anclaje para vencer al movimiento parisino.



40. Entretanto, la política nacional se mueve por otros derroteros. A principios de noviembre, Thiers trata de obtener de Bismarck unas condiciones honrosas para el alto al fuego. Pero no lo logra. Gambetta anima la política de defensa nacional. El gobierno de Defensa Nacional quiere hacer dos cosas a la vez: establecer el régimen y hacer la guerra. Pero sobre todo salvar el orden y la legalidad. Una guerra republicana será invencible como en 1793, cree Gambetta. Pero la guerra está irremediablemente perdida. El campo republicano se estrecha y se mueve, vacilante, entre una izquierda muy activa en París y una derecha que reaparece con fuerza en la Francia profunda. Porque, en efecto, si 1870 reactiva la memoria de la revolución en París, al campo regresa la memoria de la contrarrevolución. Esa Francia, hay que decirlo, quiere la paz sean cuáles sean las condiciones de Bismarck.

41. En enero la situación militar es desesperada. Jules Favre negocia el armisticio entre los días 24 y 28. Bismarck acuerda una tregua de tres semanas durante las que Francia deberá elegir una Asamblea Nacional para negociar definitivamente la paz. Las elecciones se celebran el 8 de febrero. El escrutinio de lista departamental aún agrava más los malos resultados de los republicanos. Sólo obtienen ciento cincuenta representantes y los radicales, unos cuarenta. Enfrente tienen a cuatrocientos diputados monárquicos divididos a partes iguales entre los dos pretendientes al trono. La Asamblea confiere el poder ejecutivo a Thiers. La cuestión más

acuciante ahora es la firma de la paz. En virtud del tratado de Frankfurt, Francia cede a Alemania Alsacia y una parte de Lorena y además adquiere una deuda de cinco mil millones de francos. Resuelta este asunto, todas las miradas se dirigen a París.

Desgarradura

42. La Comuna de París dura solamente unos meses, de marzo a mayo de 1871, pero su recuerdo permanece en el tiempo. Permanece por su carácter de guerra civil. Se recordará siempre que en el origen de la Tercera República hay una escena tan aciaga cuanto fundamental: el fusilamiento en masa de decenas de miles de communards. Los vencedores optan por el exterminio físico de los vencidos en un intento de borrar para siempre la posibilidad de una alternativa a su modelo de sociedad. Pocas veces en la historia de Europa han sido fusiladas tantas personas a la vez: de 20 000 a 30 000. La burguesía muestra tras la 'semana de sangre' que sabe utilizar los 'métodos del 93' contra el 'cuarto estado'.

43. El episodio de la Commune principia el 28 de marzo de 1871. París lleva ya diez días de insurrección a causa de la negativa de la Guardia Nacional de la ciudad a dejarse desarmar, como pretende Thiers. Para quienes han defendido la ciudad asediada y han padecido el hambre, la indecisión del gobierno es exasperante. El armisticio firmado por Favre parece una traición y el desarme se antoja cual la culminación de la derrota y la capitulación ante la Asamblea. Una Asamblea elegida por sufragio universal, sí, pero que es percibida como expresión exclusiva de las provincias y del campo atrasados, una Asamblea reaccionaria. Porque en efecto el 8 de febrero París ha votado a la izquierda y a la extrema izquierda. Reaparece la idea de la democracia directa y se denuesta la idea de la representación.

44. El análisis del movimiento comunero de París ha merecido numerosos estudios. Aquí sólo dedicaremos un espacio breve para dar cuenta de su complejidad. François Furet relata su heterogeneidad: los communards son republicanos y socialistas de diversas tendencias: viejos jacobinos del 48, blanquistas, proudhonianos, bakuninistas y marxistas. Furet distingue por tanto dos vertientes en su actuación: una proudhoniana, democrática y socialista, que se manifiesta en el establecimiento de una moratoria en el pago de los alquileres, en el propósito de establecer una enseñanza laica, gratuita y obligatoria, y de organizar la vida económica sobre la asociación de productores, hombres y mujeres -porque ahora surge, por vez primera, la idea de la igualdad de la mujer-; y otra vertiente jacobina, que retoma la tradición del Comité de Salud Pública: la dictadura, la ley de rehenes, la persecución de los sacerdotes y las ejecuciones sumarias.

45. La Comuna es aplastada de forma brutal, entre el 21 y el 27 de mayo, una vez alcanzado el acuerdo de Frankfurt. Thiers da largas a los conatos de mediación entre Versalles y París que ensayan algunos grupos republicanos y la francmasonería. Está decidido a conquistar París. Un París transformado por las reformas de Haussmann, que han sustituido los barrios donde era posible levantar barricadas por avenidas y bulevares que invitan al paseo militar.

46. La historia termina mal. La toma de París es lenta. Como siempre que el conquistador quiere llevar a cabo un exterminio metódico y exhaustivo. El odio de clase y el miedo a la revolución social encuentran aquí su expresión más cruda y desgarradora. La represión de la Comuna supone una pesada hipoteca para la República, de cara a su aceptación por el movimiento obrero. Y sin embargo, la represión fortalece la imagen de 'la República del orden'

en las provincias. Pero los muertos no sabrán nunca que su sacrificio ha sido en nombre de la República ni que ésta necesite de sacrificios para engrandecerse, como los precisaron algunas divinidades primitivas.

Ser o no ser

47. En 1871 se manifiesta de nuevo la contrarrevolución en torno al culto al Sacré-Cœur. Se reaviva el fervor católico popular y populista que trae consigo la cuestión de la restauración de la monarquía. Lo que ha dado en llamarse el 'orden moral' no es sino un intento de recrear la alianza del trono y el altar, aunque esta vez el trono resida en una Asamblea plagada de realistas: doscientos legitimistas y doscientos orleanistas. Desde luego, entonces no es descabellada la posibilidad de llegar a un acuerdo para que el conde de Chambord ocupe el trono y sea después sucedido por el conde de París, mucho más joven. Sin embargo, este acuerdo no se materializa. Chambord se niega a renunciar a la bandera blanca. La negativa a aceptar la tricolor significa el rechazo de la monarquía parlamentaria y ello, el fin de una monarquía que durante el siglo diecinueve se ha alimentado del mito de su tradición.

48. De forma que la consolidación de la República en estos primeros años es consecuencia tanto del éxito de Thiers en su gestión cuanto de la división de los monárquicos. Adolphe Thiers, el hombre del momento: con setenta y tres años y con el prestigio de haberse opuesto a la guerra contra Prusia, en agosto es proclamado 'presidente de la República'. Representa el arquetipo burgués: rico y acomodado y metido en la política. Conservador, escritor de una *Histoire de la Révolution* donde se posiciona a favor de 1789 pero excusa 1793; anticlerical, liberal y patriota con una cierta debilidad por Napoleón. Contradictorio y acomodaticio, se podrá decir. Lleva a cabo las tareas de hacer la paz, liberar el país, organizar el ejército y establecer el orden. Pero espera cuando se trata de dar un contenido definitivo a las instituciones de la República.

49. El republicanismo de Monsieur Thiers es ciertamente posibilista: una evolución del orleanismo del Segundo Imperio si se quiere. De hecho, en 1868 Prévost-Paradol ha demostrado en su obra *La France Nouvelle* que la democracia liberal puede existir bajo una república tanto como bajo una monarquía. De modo que Thiers apuesta por la República porque según él es el régimen que divide menos a los franceses. La República es el gobierno legal de Francia, pero: "la République sera conservatrice ou elle ne sera pas". Aún así, las reservas de la derecha monárquica y su inquietud ante la evolución del electorado hacia el campo republicano hacen que Thiers quede en minoría en el parlamento y que abandone la presidencia el 24 de mayo de 1873.

El orden moral

50. Entre 1873 y 1877 tiene lugar un combate decisivo para el futuro de la República. Va a fracasar la postrera tentativa de restaurar la monarquía, el centro político va a marcar el cariz de las leyes constitucionales de 1875 que fundan una república conservadora, el 16 de mayo de 1877 va a significar el 'fin de los notables'. En menos de seis años, Mac-Mahon será sustituido por Jules Grévy. Años agitados por tanto, y determinantes por cuanto dibujan las imágenes e informan las referencias de la cultura política francesa posterior. Y en estos años, dos hombres sobresaldrán en la política: Albert Broglie y Léon Gambetta.

51. Tras la dimisión de Thiers, el mariscal Mac-Mahon es elegido presidente de la República. Principia el 'orden moral'. Nombra vicepresidente del consejo de Ministros a Albert Broglie, el artífice del derrocamiento de Thiers. Nieto materno de Madame de Staël y Benjamin Constant,



Broglie es monárquico y liberal; esto es: orleanista. Todo comienza cuando Thiers choca con la Asamblea. Se opone a la descentralización administrativa que persiguen los notables y su complicidad con Gambetta levanta la fundada sospecha de que Thiers va a apoyarse en la izquierda para asentar la República.

52. Por eso Broglie lanza contra él la ofensiva parlamentaria. Su idea es simple: unir a la derecha monárquica y bonapartista en torno a un proyecto conservador común, una vieja idea esbozada por su abuela. Al ministerio Broglie lo recorre una atmósfera de Restauración. Pero la política orleanista de Broglie no tiene audiencia. Así que en casi todas las sesenta y cinco elecciones parciales que tienen lugar entre 1872 y 1875 la victoria cae del lado de los republicanos. La France républicaine levanta el vuelo.

Convergencias para una Constitución

53. Descartada, al menos temporalmente, la restauración monárquica, el principal objetivo de la Asamblea es la aprobación de las leyes fundamentales. Esto se hace en 1875, no mediante un texto constitucional sistemático y estructurado, sino por medio de una serie de leyes relativas a la Presidencia, el Senado y la Cámara de Diputados. La legalidad constitucional es el fruto del compromiso entre los orleanistas y los republicanos. Aquéllos se desmarcan del ambiente clerical y reaccionario de la política del 'orden moral' del mariscal Mac-Mahon en mayo de 1873. El resultado es una República parlamentaria y bicameral, no presidencialista. El presidente de la República -de acuerdo con la enmienda presentada por Henri Wallon, conservador e historiador de la Revolución- será elegido por mayoría absoluta de la Cámara de Diputados y el Senado, reunidos como Asamblea Nacional. El miedo a la emergencia de un nuevo Bonaparte lleva a esta solución, en lugar del voto popular directo.

54. De todas formas, las atribuciones del presidente no son escasas. Tiene el derecho de disolver la Cámara de Diputados si el Senado está conforme y no es responsable si no es en caso de alta traición. (Hay que decir empero que ningún presidente tratará de utilizar el derecho de disolución después de Mac-Mahon, que lo hará el 16 de mayo de 1877.). Sea como fuere, la pieza axial del sistema político de la Tercera República es el Parlamento, en especial la Cámara de Diputados. Tanto es así que Odile Rudelle ha llegado a hablar de la existencia de un 'absolutismo parlamentario'. Un absolutismo que desde su punto de vista permite la sucesión de golpes de Estado legales sancionados por la Asamblea, siendo el primero de ellos el que causa la caída de Thiers.

Hacia la República de los republicanos

55. El campo republicano crece y quiere sustentarse en dos pilares: el progreso económico a través de la industrialización y el progreso moral por medio de la Ilustración. El ideal republicano es mesocrático: se trata de fortalecer a las clases medias -burgueses y pequeño burgueses, artesanos, propietarios rurales y profesionales liberales- y dar pábulo a la creación de una sociedad civil que sirva de apoyo a la política gubernamental. La aceleración en el crecimiento marca los años que van de la Segunda a la Tercera repúblicas. Una buena diagnosis la podemos hallar en *La France nouvelle* de Prévost-Paradol y en *La Réforme intellectuelle et morale* de Renan. Las dos obras constatan la emergencia de una nueva Francia. Una base social donde impera el espíritu burgués si se quiere, que es el sueño de Gambetta tanto como la pesadilla de Renan.

56. Léon Gambetta: la pieza central de la política de estos años, entre un Thiers que le indica el camino y un Ferry que terminará de 'fundar la República'. Puede seguirse la convergencia ideológica entre Gambetta y Ferry en diversos aspectos: la adhesión al legado de 1789 y el rechazo del socialismo, el anticlericalismo y la idea de una ciencia positiva que oponer a la religión, la conciliación de la igualdad y la libertad en la República. Gambetta modera su discurso hasta convertirse en el principal defensor de una República conservadora. Poco después del fin de la Comuna, él hace ya un gesto de acercamiento a Thiers. Quiere superar las contradicciones que los separan para fortalecer y atribuir el mérito a la nueva República.

57. Hay que decir también que la República batalla contra el clericalismo. A su vez, la Iglesia se radicaliza y predica la excomunión de la sociedad moderna: tanto le da socialista que liberal, Renan que la Comuna. Frente a ello, la República opone la ciencia a través de la instrucción. No se trata ya de la educación superior sino de la escuela elemental, vehículo indispensable de la cultura democrática para la formación de ciudadanos. En este punto hay que subrayar que el republicanismo francés no trata tanto de formar un ciudadano virtuoso a la antigua cuanto un ciudadano razonable.

58. El tiempo que va de 1873 a 1877 se caracteriza por el combate entre los republicanos y los conservadores tras la elección de Mac-Mahon como presidente. El contexto en el que se redactan las leyes constitucionales de 1875 es el de una mayoría conservadora en la Asamblea que va perdiendo activos a golpe de fracasos electorales. El centroderecha orleanista está más cerca del centroizquierda republicano que de los legitimistas. De su conjunción surge un sistema con rasgos republicanos, parlamentarios y monárquicos: la soberanía de la Asamblea, el sufragio universal, un presidente con cierta autonomía y elegido por siete años. De la Cámara Alta, cabe decir que no será un contrapoder aristocrático a las decisiones de la Cámara Baja, como desean los orleanistas, sino un contrapeso que permanecerá en la órbita republicana, como pretenden los republicanos como Gambetta.

59. A pesar de la oposición del presidente Mac-Mahon, y de sus sucesivos gobiernos, los republicanos ganan terreno entre 1875 y 1879. Vencen en las elecciones de marzo de 1876 y se agudiza la oposición entre el presidente y la nueva mayoría republicana. El 16 de mayo de 1877 Mac-Mahon disuelve la Cámara y convoca elecciones. Los republicanos lo consideran un golpe de Estado. Las elecciones tienen los rasgos de un plebiscito que opone al Antiguo Régimen y la Revolución. Thiers muere en septiembre y en octubre, ganan las candidaturas republicanas. Como también lo hacen en las elecciones municipales de 1878, lo que supone que en la renovación del Senado del año siguiente consigan la mayoría de la Cámara alta. Esto fuerza la dimisión de Mac-Mahon en 1879 y la elección de un viejo republicano, Jules Grévy, como presidente de la República. La República es al fin de los republicanos.

La República de los fundadores

60. Tres gestos simbólicos ilustran el nuevo talante del gobierno republicano. En primer lugar, en 1880 el 14 de julio deviene la fiesta nacional: en el recuerdo está la imagen del primer aniversario de la Revolución en 1790 y la celebración unánime del acontecimiento en el Champ-de-Mars. Por tanto, la conmemoración significa a la vez la ruptura con el antiguo régimen de 1789 y la unidad nacional de 1790. En segundo lugar, en febrero de 1879 el ministro de la guerra repara en que el decreto que hizo de La Marseillaise himno nacional en Mesidor del año III nunca ha sido derogado. De modo que La Marsellesa vuelve a ser el himno oficial de Francia. En tercer lugar, las instituciones de gobierno se trasladan de Versalles a París: la nación se reconcilia con la capital.

61. La noción de 'fondeurs de la République' pertenece a Pierre Barral. Se trata de un grupo de republicanos que entra en la vida política a finales del Segundo Imperio y que tras diez años de vaivenes institucionales y políticos llegan al poder con la misión de fundar la República. Una República construida en parte contra el cesarismo del Imperio, contra las ilusiones de los quarante-huitards y contra la 'República de los duques'. El acervo ideológico de los 'fundadores' es ecléctico: el racionalismo crítico, el kantismo, la Ilustración y la Revolución, el positivismo de Auguste Comte y de sus sucesores y las lecturas de Condorcet y de Stuart Mill. Así, por ejemplo, el pensamiento del neocriticista Charles Renouvier contribuye a deslindar el comtismo de su elitismo primero y acercarlo al republicanismo kantiano.

62. Los republicanos hacen verdaderamente suya la República entre 1880 y 1884: promulgan una serie de leyes tendentes a la laicización del Estado, revisan la Constitución e implementan las libertades básicas de asociación, prensa y expresión. Luego administran la República hasta 1901 -salvo en el breve periodo radical de 1895- con el nombre de 'opportunistes'. Un adjetivo engañoso si con él quiere retratarse una política de advenedizos que solamente pretenden defender sus intereses particulares. Como ha puesto de relieve Claude Nicolet, ellos tienen una concepción global de la acción política asentada sobre el positivismo. Como ha subrayado Michel Vovelle, Jules Ferry elige recuperar la memoria cívica de 1789 frente al radicalismo y la violencia de 1793. Apuesta por una república conservadora y patriota. Pero también por una democracia parlamentaria ensanchada por la educación de las masas.

63. Oportunistas: así es como los llaman sus adversarios. La creación semántica se atribuye a Henri de Rochefort, un antiguo communal. ¿Quiénes son? Son el fruto de la convergencia de tres grupos parlamentarios. El primero es la Unión Republicana de Gambetta: aquí Charles Floquet o René Waldeck-Rousseau. El segundo es la Izquierda Republicana de los tres Julios: Simon, Grévy, Ferry; son los republicanos moderados. Y el tercero agrupa a quienes recogen la herencia de Thiers: el 'centroizquierda' de Jules Dufaure y Henri Wallon y Jean Casimir-Perrier. Se trata pues de un grupo heterogéneo que tiene en común la voluntad de consolidar la República de manera progresiva y prudente. Aunque cada uno de los partidos republicanos tiene una significación y un perfil particulares, todos forman un frente común con relación a la derecha, a quien consideran desprovista de legitimidad republicana desde el 'golpe de Estado' de 16 de mayo de 1877, y a la que excluyen de toda participación.

64. En las elecciones de 1881 el conjunto de los oportunistas se lleva las tres cuartas partes de los asientos de la Cámara de los Diputados: doscientos son para el grupo de Gambetta y unos ciento setenta para el de Ferry, mientras que el centroizquierda obtiene cerca de cuarenta. En las elecciones al Senado de 1882 los resultados les son igualmente favorables. Esto pone a Grévy en un brete, puesto que su voluntad es mantener a Gambetta apartado del gobierno -él preside la Asamblea-. El problema de Gambetta es que nada entre dos aguas: sus propuestas inquietan a los conservadores y a los moderados sin llegar a satisfacer a los radicales de Clemenceau. Al fin, uno de los hombres que más ha trabajado por la consolidación de la República no la gobernará más que durante un trimestre. Grévy tiene otras preferencias: Charles de Freycinet y, sobre todo, Jules Ferry.

65. Jules Ferry es entre 1879 y 1883 ministro de Instrucción Pública, puesto que conserva incluso cuando es presidente del Consejo de Ministros. Es un ministerio que reclama para sí porque lo considera esencial: es el "département des âmes". Bajo su égida, la obra de gobierno se centra en tres aspectos: la extensión de las libertades públicas, la legislación educativa y las medidas de laicización. Además, progresa el principio electivo: en 1882 el nombramiento

gubernamental de los alcaldes se sustituye por su elección a cargo del consejo municipal; en 1884, una ley constitucional suprime los asientos hereditarios del Senado. Desde ahora serán elegidos y además, con un sistema más proporcional.

66. En lo tocante a las libertades públicas, en orden cronológico, en 1881 y 1884 quedan consagradas, como hemos visto, las libertades de reunión, de prensa y de asociación. La libertad de prensa engrandece la vida política del momento. La prensa juega un rol importantísimo en la formación de la opinión pública y en la educación cívica y ciudadana del público lector. La ley que da libertad a la prensa la da también a la tenencia de libros y a la impresión y la difusión de opiniones. Esto está en la base de la emergencia de la figura del intelectual, tan importante en Francia, a raíz del affaire Dreyfus. En cuanto a la libertad de asociación, la ley llamada Waldeck-Rousseau se limita al derecho de asociación sindical. En 1901 la ley se ampliará a las asociaciones de carácter no profesional. Además de esto, cabe destacar la secularización de los cementerios y el restablecimiento del derecho al divorcio.

67. Fundar la escuela laica significa fortalecer la República y la patria. Los antagonismos de clase son ajenos a la idea republicana, que trata de afirmar una concepción unitaria de la comunidad nacional y de luchar contra la injerencia de la Iglesia. En este sentido, en 1882 se laiciza el programa de estudios de la escuela pública y la asignatura de religión deja de ser obligatoria. En su lugar se impartirá 'Instruction morale et civique'. Frente a la moral religiosa Jules Ferry opone la idea de una moral autónoma. Con relación a la educación cívica, el mismo Ferry afirma la necesidad de dotarla de un espíritu y una orientación política. La gratuidad y la obligatoriedad de la educación tratan de apuntalar el edificio de la escolarización general de la población. Además, se procura ampliar la escolarización secundaria a las chicas y poner en orden una verdadera red de enseñanza superior. En fin, la escuela deviene una parte sustantiva del patrimonio intangible de los republicanos.



68. "Le cléricalisme ? Voilà l'ennemi!". La frase de Gambetta es clara. Y la política que él y Ferry desarrollan al respecto se resume en la divisa: 'chacun chez soi'. Se trata de separar la Iglesia del Estado y de hacer de la educación un instrumento contra la 'superstición'. Entre las medidas anticlericales cabe mencionar la disolución de los jesuitas y de otras órdenes religiosas la abolición de los capellanes en las fuerzas armadas, y la expulsión de las monjas de los hospitales. En fin: los oportunistas implementan una serie de medidas con el fin de asentar la república parlamentaria. Aunque el futuro demuestra que todas las esperanzas están lejos de haber sido satisfechas y todas las decepciones, lejos de haber sido disipadas.

3. El proyecto

69. Existe en torno a 1870 una tensión que está en la base de la configuración semiótica de la república. Se trata de la encrucijada entre la soberanía individual y la comunidad ciudadana. A este respecto puede argumentarse que la revolución francesa inaugura una nueva era política que hace del individuo abstracto del liberalismo la fuente última de la legitimidad política. Como contrapartida, la nueva construcción política relaja los vínculos sociales propios de la comunidad tradicional. En consecuencia, la pregunta que se impone es la siguiente: ¿qué une al individuo con el cuerpo social? O lo que es lo mismo: ¿cómo legitimar el nuevo poder republicano? Y aquí es donde Comte entra en escena. Él había muerto en 1857 pero su pensamiento fue recuperado en busca de un basamento teórico para la política.

70. Comte es uno de los pensadores del siglo diecinueve que se inquirieron por la suerte de la sociedad en la era del individuo. La interrogación de Comte sucede a las de Benjamin Constant y Tocqueville y precede a la John Stuart Mill: todos ellos se plantean si la inestabilidad de los sistemas políticos es el resultado de esa relajación del vínculo social. De hecho este problema puede encontrarse incluso en Rousseau: la voluntad general puede pensarse solamente si se parte de una atomización previa de la sociedad. Constant planteará la oposición entre 'la libertad de los antiguos' y la 'libertad de los modernos' en términos de la relación del individuo con la sociedad y con el Estado. Comte apelará a los principios de la ciencia para superar las contradicciones sociales: 'orden y progreso' no es sino el trasunto de 'ciencia y técnica'. O mejor aún: de 'conocimiento e industrialización'. En definitiva, todos querrán dar una base a la legitimidad de un poder que, a la vez, respete los nuevos principios y garantice la coherencia de la sociedad.

71. En esta tesitura, Comte articula un pensamiento que se pretende científico con el que formula una concepción unitaria de la sociedad. De esta manera termina por abandonar el individualismo metodológico que caracteriza a las teorías políticas liberales. No parte del individuo para construir la sociedad sino de la restauración de la coherencia de la sociedad a través de la sociabilidad y de la solidaridad entre sus miembros. La diversidad no es para Comte un valor: él trata de reinventar la unidad a toda costa. De ahí que la relación del comtismo con los positivistas republicanos tenga algo de paradójico. No es la filosofía positiva de Comte la que está en la base de la República por tanto. Es la lectura hermenéutica de sus sucesores la que cuaja en la cultura republicana.

72. El positivismo se erige en una extraña mediación entre dos generaciones de pensadores de la política: la que recoge el legado de la Revolución y la que funda la República. No puede negarse que los fundamentos filosóficos del pensamiento de Émile Littré y de Jules Ferry y aun de Léon Gambetta están en Comte. Pero ellos reelaboran y rearticulan ese pensamiento con el fin de dar solidez a la cosmovisión republicana. De suerte que el papel del positivismo en la República puede entenderse como una relectura oportunista de Comte que tiene el fin de permitir que su aplicación práctica case con la tradición republicana de 1789. Porque si hemos subrayado la importancia y el alcance del positivismo en la reflexión política de los fundadores de la República, tenemos que añadir que su influencia también tiene sus límites. Tomado al pie de la letra, el comtismo no sólo entra en contradicción con la tradición revolucionaria o jacobina sino incluso con los Derechos del Hombre y el gran símbolo trino de la Revolución: la divisa 'Libertad, Igualdad, Fraternidad'.

Orden y progreso

73. Así pues: ¿cuál es la trayectoria del positivismo después de Comte? Observar las bases de la teoría positivista puede ayudarnos a analizar los aspectos que tendrán peso en la elaboración teórica posterior. Reformulamos pues la pregunta: ¿qué es la filosofía positiva? Una filosofía o una política o una ciencia positivas no son otra cosa que unas disciplinas que no se permiten ninguna interrogación sobre las causas primeras o los fines últimos y que excluyen por ende cualquier idea de trascendencia. Los progresos y los resultados de esas disciplinas deben obtenerse por medio del razonamiento y de la comprobación empírica. El objetivo del positivismo es el desarrollo del conocimiento racionalista: la educación y la enseñanza han de estar en la base de la regeneración de la sociedad.

74. En su versión comtiana, el positivismo debe vencer dos obstáculos: el dogma 'teológico' retrógrado y el dogma 'democrático' revolucionario. (Y entre la reacción y la revolución, ya se sabe, está la conservación.) Para entender el carácter de estos dos obstáculos debemos referirnos a la teoría de las edades de la historia de Comte: inspirado por Turgot y Saint-Simon, distingue tres edades que llama respectivamente 'teológica', 'metafísica' y 'positiva'. Estos tres tipos tienen como veremos implicaciones políticas y ponen en conocimiento científico político una periodización que le ayuda a discernir las tareas necesarias para regenerar las bases políticas y sociales de su tiempo.

75. La edad teológica es aquella en la que impera lo sobrenatural y, en la política, "la doctrina de los reyes". El orden político y las relaciones sociales están basados en el derecho divino. Esta edad termina con la Revolución Francesa, que impone un pensamiento político abstracto: los derechos naturales y el contrato social, la soberanía nacional y la representación. Esto da comienzo a la edad metafísica. Los principios sobrenaturales son sustituidos por el lenguaje abstracto del derecho y de una ciudadanía universal arquetípica que hace posible una crítica incesante de las instituciones. Para Comte, la edad metafísica es un período intermedio que debe ser superado por el estado científico: la edad positiva. Aquí ya no hay espacio para lo sobrenatural ni para las entidades metafísicas. Solamente hay realidades: la política debe basarse en la observación científica y en el descubrimiento de constantes con que hallar la necesaria organización de la sociedad.

76. Comte entabla un combate con las doctrinas de las dos edades 'prepositivas'. A la teología opone la separación de la Iglesia y el Estado y de la Iglesia y la enseñanza. Al democratismo opone un gobierno cuya fuente de legitimidad sea el mantenimiento del orden y la prosecución del progreso. Comte ve como un sistema de compromiso la democracia liberal y el gobierno representativo y lo rechaza por caer en el dogma improbable de la soberanía del pueblo. Littré, en cambio, verá en ello un hecho positivo e irrenunciable.

77. En la base del proyecto de Comte está la profunda convicción de que la ciencia puede proporcionar un modelo universal de positivismo. Por el contrario, la política se halla aún en una fase precientífica. Mediante la ciencia, Comte pretende encontrar una teoría del conocimiento que permita fundar una práctica política; o, como él mismo dice, pretende encontrar una 'física social' que tienda hacia la unidad bajo la ley de la necesidad social y que haga salir a la luz la uniformidad fundamental de la vida colectiva de la humanidad.

78. Unidad, coherencia, uniformidad: estos parecen ser los conceptos fundamentales del pensamiento político de Comte. Conceptos que guían su rechazo de las edades teológica y metafísica de la política, y de los rastros que él percibe de ellas en el presente; pero, a la vez, conceptos que lo llevan también a la crítica al liberalismo. La revolución francesa, dice Comte, descansa en dos 'dogmas', la igualdad y la libertad, que son positivos en cuanto que han servido para destruir las bases del antiguo régimen y han supuesto así un progreso; pero que luego se han hecho negativos porque han dado lugar a un pensamiento 'crítico' que ha impedido la reorganización de la sociedad. Aquí nos aparece ya la tensión que refleja el epígrafe que encabeza estas líneas: orden y progreso. Comte querrá depurar el orden del organicismo teológico que lo ha acompañado y el progreso, del revolucionarismo metafísico.

79. Como venimos advirtiendo, su tarea de desescombros filosófico arrastra también al liberalismo. Primero, porque ignora la necesidad de un poder espiritual que garantice la unidad de la sociedad. Segundo, porque se sustenta por entero en el dogma de la libertad. Comte pregunta por qué, si con razón no se reclama la libertad para estar en desacuerdo en las



matemáticas, se debe permitir esta libertad en la ética o en la política. En la política como en la ciencia, deben rastrearse los principios y luego conducirse según su dictado. Realmente, el argumento es incontestable si de lo que se trata es de crear ciertos modelos 'óptimos' de comportamiento y de pensamiento en los individuos y en las sociedades enteras. Pero por suerte el republicanismo va a optar por la extensión del derecho a estar en desacuerdo con el orden y la convención e incluso con los objetivos 'óptimos' comúnmente aceptados.

80. En la crítica de la libertad va de suyo la crítica de la autonomía del individuo. Comte manifiesta un profundo antiindividualismo en su crítica de la revolución metafísica que lo conduce hacia posiciones cercanas a las de los contrarrevolucionarios. En primer lugar, hacia un anticonstitucionalismo radical: las operaciones constituyentes, dice, no han hecho sino trozar los viejos poderes sin cambiar en lo esencial la naturaleza del antiguo régimen. Hace falta algo más para cambiar la naturaleza del poder. La soberanía del pueblo no es más que una expresión vacía elaborada a través de la ficción metafísica de la representación; los derechos del hombre son huecos porque no existe el hombre abstracto.

81. Con todo, la cerrazón del sistema de Comte no debe ocultarnos su coherencia: el liberalismo político está basado en un individualismo que hace de la libertad el valor primero y que no consigue encontrar una solución al problema del vínculo social, de la cohesión de la sociedad. Por eso Comte traslada el punto de partida de su análisis de lo individual a lo social. La política que deriva de esta operación está pensada desde el punto de vista de la sociedad y por la sociedad. Aquí el espacio para la autonomía se achica hasta la asfixia. La reorganización de la sociedad debe partir de lo social. En la edad positiva, la política queda reducida a la sumisión a las leyes de la naturaleza. El descubrimiento de esas leyes y el reconocimiento de su supremacía deben apoyarse en una educación positivista. La educación ha de ser universal para que el magisterio positivista pueda enseñar una moral de lo social. No deja de ser una versión menos densa de este parecer el encomio que hace Jules Ferry de la 'moral de nuestros padres'.

De Comte a Littré

82. La suerte del proyecto comtinano en su tiempo fue dispar. John Stuart Mill por ejemplo, dice que se trata del "sistema más completo de despotismo espiritual y temporal que haya producido la mente humana". En cambio, en el universo intelectual francés, será una referencia ineludible para los pensadores de la Tercera República. En un contexto de inestabilidad institucional el proyecto positivista se antoja seductor: ofrece un sistema político que promete la estabilidad -el orden- sobre la base de la deducción de lo político a partir de la ciencia, que cancela la posibilidad de regresar al antiguo régimen -el progreso-. El precio de esta operación es la renuncia a los principios de la Declaración de 1789.

83. Littré no está dispuesto a abandonar ese logro esencial de la modernidad. Por lo que dedicará su esfuerzo intelectual en lograr el mariage entre idealismo y positivismo que caracterizará al pensamiento republicano. Émile Littré es en este caso una figura ejemplar. Conoce a Comte en 1840 y con él parece encontrar su ideología definitiva. Pero después del 2 de diciembre las divergencias cada vez mayores acaban por romper la relación. La noción comtiana de 'religión de la Humanidad' parece estar en la base del desacuerdo. Sea como fuere, gracias a Littré el positivismo halla su mediación hacia la política.

84. En resumen, Comte afronta la disolución del vínculo social causada por la emergencia de nuevas capas sociales -'les couches nouvelles', preferirá Gambetta para evitar usar el término 'clase'- y por el individualismo. Pero para contrarrestar esta tendencia niega los principios del

humanismo moderno. La síntesis republicana tratará de conjugar el ideal científico del comtismo con el pensamiento del derecho. Littré está de acuerdo en introducir un principio de orden, pero no podemos olvidar que él es también un "hijo de la Revolución". Por eso se niega a abandonar los principios liberales de 1789: el gobierno representativo y la libertad individual.

85. Littré acepta con decisión el desafío que le plantea la política de Auguste Comte. Cuando aborda la configuración de la democracia moderna, se apercibe de que es el fruto de la imbricación histórica de dos ideas políticas distintas y en extremo quizá incompatibles: la igualdad y la libertad. O como él dice: la libertad y el socialismo. Littré comprende la naturaleza de 'la paradoja democrática': la necesaria 'mediación' entre la tradición liberal constituida por el imperio de la ley, el Estado de derecho y la libertad individual; y la tradición democrática construida sobre la base de la igualdad y la soberanía popular.

86. Por eso rechaza la reconstrucción a toda costa de la unidad y prefiere apostar por unas instituciones libres. Entonces se encuentra con Condorcet: la libertad debe apoyarse en una buena educación y ésta debe permitir que la política se articule con los principios de la ciencia. Esta apuesta es naturalmente la de la República. La 'República de Littré', como la llama Claude Nicolet, deviene un ideal: esa "forma que arrastra al fondo" que refiriera Gambetta. Littré se convierte en el punto de mediación entre un comtismo político autoritario y la política republicana. Al plantear a la vez esos dos principios de la modernidad que él llamaba 'libertad' y 'socialismo', Littré abre la puerta a la 'razón republicana', que une libertades individuales y derechos sociales. El espectro de la unidad gracias a la fuerza del poder espiritual se esfuma. Pero la República será 'conservadora' para no desgarrar un cuerpo social frágil y en mutación.

Empirismo, idealismo, oportunismo

87. Los republicanos optan en buena medida por el empirismo político. Esto quiere decir básicamente que rechazan cualquier forma de apriorismo. Descreen tanto del dogma de la restauración cuanto del de la revolución. Además, con Littré la República descubre un factor que será muy importante en su acción política: el tiempo. No en vano la Troisième sera "la plus longue des républiques". No se trata de dar prioridad a la tradición en contra de cualquier voluntarismo político. La idea es que el tiempo terminará haciendo prevalecer la verdad sin necesidad de imponerla y realizando la unidad sin que sea necesario acabar con el conflicto por la fuerza.

88. La República debe ser conservadora: no en el sentido de tomar parte por el inmovilismo sino en el de mantener la estabilidad y la integridad del tejido social y para eliminar la solución violenta de los conflictos. Esta es la sustancia del 'oportunismo'. Littré y Gambetta aceptan con más o menos disgusto el término que lanza la oposición y le dan un nuevo sentido. La política oportunista es aquella que respeta el tiempo necesario para que las reformas progresistas no alteren el orden social. Es aquella que prefiere soluciones parciales y provisionales a instalar de golpe lo definitivo. Littré descubre la democracia deliberativa cuando destaca que es imposible imponer por la fuerza un argumento. Eso es algo que sólo se puede lograr a través de la deliberación, de la libertad practicada. Es aquella, en definitiva, que se basa en la transacción. Transacción que ejemplifican los dos políticos más notables de los primeros años de la República. Jules Ferry, por un lado, que expresa un positivismo cercano al de Littré; y Léon Gambetta, por el otro, que es más idealista, pues recoge el legado del humanismo de los derechos del hombre de 1789.



89. Comte ha puesto las preguntas: cómo abordar el problema de la articulación de lo social con lo político, cómo regenerar la sociedad a través de la educación, cómo evitar la mera abstracción y caer en el dogma de la teología o la metafísica. Pero las respuestas que fundan la política republicana son muy otras que las que da el 'maestro': se apuesta por el debate y por la deliberación pública y se prefiere tratar de convencer a la opinión pública antes que imponer un programa, por muy racionalista que sea.

90. Queda por elucidar hasta que punto este proyecto republicano fue llevado a la práctica. (Desde luego, no lo fue del todo.) Pero sin abandonar el terreno de las ideas políticas, hay que decir que el diálogo entre Comte y los positivistas republicanos sentó las bases de un pensamiento que en buena medida tiene todavía vigencia. La síntesis entre el empirismo y el idealismo lleva a admitir y luego a valorizar la contradicción y la pluralidad y se aleja de los programas de ingeniería social. Littré adivinó que reconocer la autonomía de lo político y lo social trae consigo el riesgo de asumir la libertad como piedra angular del sistema político. Frente a la seguridad que da el modelo científico y autoritario de Comte, los pensadores republicanos optan por la incertidumbre: el pensamiento libre en la sociedad abierta.

Jules Ferry y la tradición positivista

91. Hemos hecho ya numerosas referencias al positivismo de Jules Ferry y a los dos temas principales de su acción política: la educación y la religión. Pero él tenía además una visión global de la sociedad que en su caso se traducen claramente en implicaciones políticas. El positivismo tiene una visión de la sociedad y de la evolución que puede considerarse europea u occidental. Lo cual, sin ir más lejos, hace a sus seguidores más sensibles a las cuestiones coloniales. Este es un tema que no vamos a tratar, pero conviene recordar que la política colonial desacreditó a Ferry y le acarreó una creciente impopularidad.

92. Ferry se reconoce seguidor de Comte y de Littré: quiere el orden republicano y el progreso social en un régimen liberal y conservador. Podemos reconocer la filiación con Littré y con Gambetta en los discursos masónicos de Ferry en 1875 o en su preocupación por las leyes laicas de 1879 a 1881 o en su combate contra los radicales y los socialistas en 1885. Pero no podemos quedarnos sólo en este nivel. Ferry es un hombre de Estado y como tal es consciente, como Gambetta, que toda política republicana debe tener en cuenta en Francia una tradición que no es la positivista. La República es también la aceptación de un derecho objetivo -de la sociedad civil salida de 1789- y de un andamiaje institucional del que forman parte tanto el sistema parlamentario como las declaraciones de derechos.

93. Un republicano como Ferry no puede renunciar ni al símbolo de 1789 ni a la tríada republicana de 1790 que Comte llamó 'fórmula anárquica'. En su célebre discurso de la sala Molière habla de la igualdad de derechos y de la igualdad del derecho a la educación: de la verdadera igualdad según él. En el fondo de sus palabras no está solamente el regeneracionismo comtiano sino también la lectura atenta de Condorcet. Ferry sabe que tiene que asumir el patrimonio histórico e intelectual de Francia si quiere lograr su unidad en el futuro. La unidad nacional, más allá de la unidad del partido republicano que rechazan los radicales, es el principal problema de Ferry.

94. Por otra parte, la unidad de Francia es a la sazón un proyecto más que una realidad. La imagen de la unidad adquirida es una distorsión de la historiografía del siglo diecinueve y de los manuales escolares de la Tercera República. Pero la nueva historiografía desmonta este espejismo. Así, Eugen Weber nos muestra una Francia rural que semeja un mosaico de lenguas

y temperamentos distintos. Una Francia cuyas piezas serán enlazadas por medio de las campañas didácticas, de la escuela, el servicio militar y el sufragio universal. Ferry quiere reconciliar la memoria republicana a través de la conquista de la opinión pública. Y en su esperanza de ver nacer en Francia una suerte de 'espíritu público' podemos ver en él esa parte de hombre del siglo dieciocho. Todo esto nos permite afirmar que el positivismo no es la única fuente que inspira su acción. Aunque gracias a él Ferry tiene una disciplina sólida y una buena orientación simbólica de la praxis.

Charles Renouvier y el neocriticismo

95. Esto nos lleva al otro eje sobre el que se vertebra la idea republicana: el neocriticismo. Como su nombre indica, este pensamiento recupera la filosofía crítica de Kant y sienta las bases para una política inspirada por un democratismo liberal. La reflexión política que va a ponerse en juego gira en torno a un valor central: la libertad. Para acercarnos a ella, vamos a Ferry y cuya influencia ahora comienza a ser evaluada. Por eso es encomiable la investigación de Marie-Claude Blais sobre este personaje: *Au principe de la République. Le cas Renouvier* es el título de su obra. Ciertamente, lo subrayábamos al comienzo de este trabajo, el ambiente intelectual contemporáneo parece propicio para recordar a Renouvier: el retorno a Kant y a la moral, los debates acerca del futuro de la idea republicana, las tentativas de construir un socialismo compatible con el liberalismo económico y el convencimiento de que los viejos paradigmas históricos ya no sirven para avizorar la historia por venir.

96. Marie-Claude Blais propone seguir el itinerario político e intelectual de Renouvier a través de tres hilos conductores: 'pensar la historia', 'fundar el derecho', 'establecer la República'. Para eso se acerca a las obras de madurez de Renouvier. Gracias a ellas, podemos ver como su pensamiento filosófico, político y social está fuertemente influenciado por el fracaso de la Segunda República: él fue un *quarante-huitard* ferviente y el autor del conocido *Manuel républicain*. Pero el golpe de Estado de 1851 cambia radicalmente su forma de ver el mundo y la política. Desde entonces, su obra constituye un esfuerzo por refundar la República y dotarla de una coherencia incontestable: la idea es conciliar el rigor de los principios con un sentido agudo del realismo y la oportunidad. Es decir: tener en cuenta el principio y la circunstancia, antigua recomendación aristotélica.

97. Renouvier se alza contra la filosofía de la historia y sus partidarios -Hegel, Marx- y rechaza con vehemencia el evolucionismo à la Spencer. Le parece que ambas posiciones niegan la libertad humana. Renouvier no niega la idea de progreso, pero para él el progreso es un camino hacia la conquista de la libertad, un camino en el que pueden darse sin duda pasos atrás. Ahí vemos la distancia que le separa del pensamiento de la Ilustración y del optimismo de Condorcet. Del positivismo toma la idea de que sólo hay conocimiento de lo fenoménico e incluye -en contra de Kant- la expresión de la libre voluntad entre esos fenómenos. No quiere ahogar la libertad humana en el universalismo de la razón kantiano. El individuo es pues lo primero. Renouvier propone un 'derecho de defensa' básico que garantice la libertad de cada uno tanto frente a la sociedad como frente a la familia.

98. La sociedad reposa sobre un contrato tácito entre los individuos que la componen. Un contrato entre el Estado y los ciudadanos que implica unos deberes de éstos hacia aquél pero que debe garantizar también la libertad y la autonomía individuales. La República es para Renouvier el único régimen que está conforme con la libertad humana si reposa sobre unas



instituciones basadas en la justicia. Su realismo político le lleva a distinguir el 'estado de paz' - que correspondería a la realización sin obstáculos de los principios- y el 'estado de guerra' -la realidad humana en la que los principios pueden ser infringidos en la práctica-.

99. En su tarea de reconstruir la República Renouvier no descuida ninguno de los problemas esenciales de su tiempo. Las soluciones que aporta son unas veces prudentes y otras audaces. Ahí reside su originalidad. Veámoslo en algunos ámbitos. En materia institucional, Renouvier es muy prudente, sin duda avisado por la experiencia de 1848. Si el sufragio universal, incluyendo a las mujeres, enfaticémoslo, le parece que debe ser el fundamento de la República, juzga en cambio legítima la emergencia de una aristocracia republicana que tenga el fin de guiar a los demás. A diferencia de numerosos republicanos, él da el visto bueno a las leyes constitucionales de 1875 y a la política oportunista. Por lo demás, igual que hiciera Kant, no reconoce la ley de la mayoría como una solución empírica puesto que la minoría no tiene, por el mero hecho de serlo, que estar equivocada. Por tanto, no debe ser excluida.

100. En lo tocante a la cuestión social, su posición en vísperas de y durante la Tercera República es mucho menos radical que sus aspiraciones quarante-huitardes, que no olvida del todo. Entre la libertad y la propiedad, elige la primera. De manera que recusa toda intervención del Estado, aunque sea en nombre del derecho al trabajo. La solución a los problemas sociales tiene que hallarse a través de la asociación, de la cooperación, del mutualismo: nótese aquí la influencia de Proudhon y de Fourier. Es el suyo un 'socialismo liberal' porque se apoya en la sociedad civil. Además, estará en la base de la teoría republicana de la cooperación social: el solidarismo. A pesar de todo, más adelante Renouvier admitirá que es legítima la reivindicación socialista de un impuesto progresivo sobre la renta e incluso sobre el capital.

101. Donde no hace ninguna concesión es en el ámbito de la enseñanza. Un Estado libre debe formar individuos libres. Si Renouvier duda, como tantos otros republicanos, acerca del momento oportuno para separar la Iglesia del Estado, no lo hace cuando propone que las asociaciones católicas se rijan por el derecho común. De hecho, Renouvier elabora un *Petit traité de morale* dedicado a definir una moral independiente de la religión. Recurre entonces al imperativo categórico de Kant. Con él se propone buscar una ley moral universal que esté más allá de las contingencias. Una moral universal que responda a las exigencias de la conciencia individual sin necesidad de recurrir a ninguna referencia trascendente. El objetivo es hallar una moral de la libertad basada en la razón.

102. La época de Renouvier es la 'era del Imperio'. Una época en la que la cuestión nacional estaba en el primer plano de la agenda política. En este contexto, Renouvier se muestra receloso respecto del principio nacional: éste ha conllevado guerras, divisiones y anexiones forzadas y, sobre todo, la negación del espíritu racionalista y cosmopolita del siglo de las Luces. No obstante, su realismo político lo obliga a tener en cuenta el estado-nación. Hace de él una definición normativa a partir de tres elementos: un sistema ético compartido, unos vínculos históricos y, lo que es más importante, el consentimiento ciudadano a la constitución -el 'patriotismo constitucional', podemos decir después de Habermas-. En el plano internacional, él admite una federación de Estados libremente gobernada. Pero no un Estado supranacional. Su forma ideal es pues una federación fundada en el derecho de gentes que mantenga la libertad de todas las repúblicas federadas. La federación no debe traducirse en la subyugación de los Estados a un poder supremo. Porque ello comprometería su autodeterminación, su libertad. El mismo recelo lo lleva a reducir al mínimo las posibilidades de intervención de un Estado sobre otro, sea cual sea el pretexto bajo el que lo haga.

103. Por último, en el ámbito de las costumbres y en especial de la relación entre ambos sexos, Renouvier adopta una postura liberal. Prima al individuo y disocia la unión sexual, fuente de placer, del matrimonio y la procreación. Es verdad que no ve con buenos ojos la unión libre porque cree que genera irresponsabilidad en el seno de la pareja y hacia los hijos. Pero tiene muy claro que el matrimonio es una unión basada en el amor y que por tanto tiene que existir el derecho al divorcio. En definitiva, el pensamiento de Renouvier no solamente tiene valor en los inicios de la Tercera República sino que plantea problemas que estarán entre las preocupaciones del siglo veinte: entiende la importancia de las cuestiones sociales y del papel de la mujer en la sociedad moderna. Es cierto que su pensamiento se eclipsa con el éxito de las nuevas ciencias humanas, la psicología y la sociología. Y que su socialismo liberal tampoco servirá a las nuevas reivindicaciones obreras. Pero permanecen conceptos originales como 'el derecho de defensa', 'el estado de paz' y 'el estado de guerra con los que Renouvier pensó unos problemas que, en buena medida, son también los nuestros.

Cierre

104. En 1870 Francia deviene una República: una democracia parlamentaria asentada en el sufragio masculino universal. El hecho en sí no es excepcional puesto que le preceden dos experiencias de gobierno republicano: en 1792 y de nuevo en 1848. Pero donde éstos se colapsan en breve, la Tercera República consigue ser el régimen más duradero de la Francia posrevolucionaria. Hasta el año 2028 la Quinta República no igualará su marca. ¿Por qué en los setenta del siglo diecinueve arraiga la democracia en Francia?

105. Jules Ferry y Léon Gambetta se alejan del maximalismo romántico y apuestan por una política pragmática y posibilista. Tienen muy en cuenta la advertencia y el consejo que les había dado Edgar Quinet: o la República se aleja de la violencia revolucionaria o estará condenada para siempre a repetir los errores autodestructivos de los jacobinos. Cómo lograron formar una mayoría capaz de sustentar el nuevo edificio político no es tanto una cuestión ideológica cuanto estratégica. Desde este punto de vista, la síntesis republicana no es sólo el encuentro entre el idealismo y el empirismo. También es la promoción de una nueva clase media de pequeños propietarios y profesionales liberales. Ganarse a la Francia rural para la causa republicana requiere una promesa: el progreso material y moral en el seno de un orden socioeconómico basado en la empresa familiar. La propiedad es aquí una garantía de autonomía y de dignidad. La República tendrá que asegurar la libertad, la seguridad y la propiedad. Y la atención que prestará a la preservación de los patrimonios familiares hará que la síntesis republicana tenga una orientación conservadora.

106. Para Eugen Weber la republicanización del campo es una diseminación de los modos urbanos de pensar hacia una sociedad rural atrasada que acepta las imposiciones del Estado gracias a la seducción del mercado. En cambio, para un historiador marxista como Sanford Elwitt toda esta operación no es más que un fraude burgués. En este sentido, las reformas avanzadas por el nuevo gobierno democrático irían encaminadas a formar una ciudadanía complacida con la república burguesa y renuente a creer en los cantos de sirena del socialismo. Ahora bien, ya sea el fruto de una diseminación o de una manipulación, el hecho es que el nuevo gobierno sabe crear una compacta clase media que le garantice mayorías electorales. Ciertamente es que a ello contribuye la debilidad de la izquierda en los años del establecimiento del sistema. Y esta debilidad es sin duda la consecuencia trágica de la derrota de la Comuna y la eliminación de sus partidarios.



Sobre la representación

107. La democracia que triunfa en la República es la representativa. Sobre el asunto de la representación quisiera evocar el trabajo de Pierre Rosanvallon. La democracia es el poder del pueblo. Pero si el principio de la soberanía popular nos parece una evidencia que no necesita ser demostrada, su puesta en práctica es cuando menos incierta. Las dificultades giran en torno a la noción de la 'representación' en sus dos acepciones de 'mandato' y 'figuración simbólica'. *Stellvertretung* y *Repräsentation* si queremos utilizar los términos de quien hizo la distinción, Carl Schmitt. Una vez más estamos ante la misma encrucijada: la democracia proclama la soberanía popular pero a la vez hace posible el advenimiento de una sociedad de individuos y no de órdenes, por ejemplo. Entonces 'el pueblo' aparece como algo intangible. Eso es lo que suscita la cuestión de la adecuada representación política. El pueblo sólo existe representado. Por eso los republicanos harán de la representación algo más que un mero instrumento. Será también un símbolo de identidad colectiva. Eso no quiere decir que se vayan a evaporar todos los problemas que la vida pública francesa ha planteado a lo largo del siglo: las crisis de antiparlamentarismo lo atestiguan. Pero al menos la nación permanece unida en torno al sufragio universal. En él residirá la soberanía popular y él será un elemento insustituible para la buena marcha en paz de la política. Quizá habrá que contarle alguna vez como uno más de los fundadores de la República.

Bibliografía comentada

108. A continuación puede encontrarse una selección bibliográfica agrupada por temas sobre los distintos puntos tratados en este trabajo. Pretende ser una guía útil para todo aquel que desee saber más sobre el legado de la Revolución y los orígenes de la República. Solamente quiero hacer una advertencia: he reducido las referencias a las fuentes secundarias. Con esto quiero avanzar que esta bibliografía no tiene la vocación de dar cuenta de todos los textos de época citados en el trabajo sino de orientar al lector en el laberinto editorial actual.

109. Para la apertura, las apreciaciones sobre la filosofía kantiana y su relación con la filosofía de la historia las sugiere José Luís Villacañas Berlanga en "De nobis ipsis silemus. Reflexiones sobre Hans Blumenberg, lector de Kant", conferencia dictada en el coloquio *Bicentenario de Emmanuel Kant. Kant y el proyecto moderno*, celebrado el 29 de marzo de 2004 en la Universidad Autónoma de Barcelona. Sobre la forma de entender la historia que planteo, puede leerse la obra de Reinhart Koselleck *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, 1993. Del estado actual del republicanismo habla Alessandro Ferrara en "El desafío republicano", en *Claves de razón práctica*, número 139, enero/febrero, 2004.

110. Para la primera parte, quisiera referirme en primer lugar al texto que me ha dado la idea para este apartado: Christian Amalvi, "La Révolution Française", en Vincent Duclert y Christophe Prochasson (directores), *Dictionnaire critique de la République*, París, Flammarion, 2002. De esta obra también quisiera destacar el prólogo, firmado por Philip Nord.

111. Por lo demás, las obras generales sobre la revolución que más he utilizado son: Peter McPhee, *La Revolución Francesa, 1789-1799: Una nueva historia*, Barcelona, 2003; y Rolf Reichardt, *La Revolución Francesa y la cultura democrática. La sangre de la libertad*, Madrid, Siglo Veintiuno, 2002. Para la valoración de la declaración de derechos quiero apuntar el comentario que dedica Irene Castells en *La Revolución francesa, 1789-1799*, Madrid, Síntesis, 1997. Sobre la ruptura revolucionaria, François Furet, *Pensar la Revolución Francesa*, Barcelona, Petrel, 1980. Los orígenes de la revolución los relata Roger Chartier, *Espacio*

público, crítica y desacralización en el siglo XVIII: Los orígenes culturales de la Revolución francesa, Barcelona, Gedisa, 1995. Sobre la libertad de la república habla J. Kent Wright: "Les sources républicaines de la Déclaration des droits de l'homme et du citoyen" en François Furet y Mona Ozouf (directores), *Le siècle de l'avènement républicain*, París, Gallimard, 1993, pág. 127-164. Acerca de la igualdad, Mona Ozouf: "Igualdad" en François Furet y Mona Ozouf (directores), *Diccionario de la Revolución francesa*, Madrid, Alianza, 1989, pág. 612. Finalmente, los textos de las declaraciones y de las constituciones de Francia pueden hallarse en la obra de Jacques Godechot, *Les Constitutions de la France depuis 1789*, París, Garnier-Flammarion, 1970.

112. Sobre la teoría del jacobinismo cabe leer la voz "jacobinismo" en el *Dictionnaire critique de la Révolution française*, París, Flammarion, 1988, dirigido por François Furet y Mona Ozouf. Las cautelas necesarias para hablar de dictadura las señala el capítulo dedicado al pensamiento revolucionario en la obra dirigida por Pascal Ory *Nueva historia de las ideas políticas*, Madrid, Mondadori, 1992. Sobre Termidor, Bronislaw Baczko, "Termidorianos", en François Furet y Mona Ozouf (directores), *Diccionario de la Revolución francesa*, Madrid, Alianza Editorial, páginas 346-358. Al Directorio se refiere Claude Nicolet en: *L'idée républicaine en France (1789-1924). Essai d'histoire critique*, París, Gallimard. Para el periodo del Directorio quiero destacar también el espacio que le dedica Jean-René Suratteau, "Directoire", en Albert Soboul (director), *Dictionnaire historique de la Révolution Française*, París, Presses Universitaires de France, 1989.

113. Además del artículo de Kent Wright ya citado, algunas consideraciones sobre la noción de 'libertad' en Francia pueden encontrarse en el artículo de Philippe d'Iribarne, "Trois figures de la liberté", en *Annales. Histoire, Sciences sociales*, núm. 53, 2003, pág. 953-978. Sobre la reconstrucción del pasado nacional en la Tercera República, Mona Ozouf, "L'idée républicaine et l'interprétation du passé national" en *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, noviembre-diciembre de 1998, núm. 6, pág. 1075-1087. Finalmente, las lecturas posteriores de la revolución las recoge Alice Gérard, *Mitos de la Revolución Francesa*, Barcelona, Península, 1973, pág. 73.

114. La segunda parte ha sido elaborada sobre la base de cuatro estudios generales. Son los que siguen: 1) de François Furet: *La Révolution Française II. Terminer la Révolution, De Louis XVIII à Jules Ferry (1814-1880)*, París, Hachette, 2001; 2) de Dominique Lejeune: *La France des débuts de la IIIe République. 1870-1896*, París, Armand Colin, 2000; 3) de Jean-Marie Mayeur: *Les débuts de la IIIe République 1871-1898*, París, Seuil Points, 1973 y 4) en concreto para la República en los tiempos de Jules Ferry: de Jean Leduc, *Histoire de la France, 1879-1918. L'enracinement de la République*, París, Hachette, 1991.

115. Sobre la comuna destaca el clásico de Hippolyte Prosper-Olivier Lissagaray: *Histoire de la Commune de 1871*, París, Maspéro, 1969. (trad. castellana más reciente: *La Comuna de París*, Txalaparta, 2004, trad. de R. Marín y D. Iribar.). Sobre la relación entre el aplastamiento de la Comuna y la consolidación de la República habla François-Georges Dreyfus, *Passions républicaines 1870-1940. La terre, l'or et le sang*, París, Bartillat, 2000. Una valoración del episodio de la Comuna puede hallarse en la obra de Luciano Canfora: *La democracia. Historia de una ideología*, Barcelona, Crítica, 2004.

116. La expresión 'la fin des notables' pertenece a Daniel Halévy: *La fin des notables*, París, Bernard Grasset, 1972. De esta obra, el primer volumen es homónimo y el segundo es 'La République des ducs' frase feliz que también ha tenido éxito historiográfico. La Constitución

de 1875 puede leerse en *Les Constitutions de la France depuis 1789*, París, Garnier-Flammarion, 1970. Además, para conocer los avatares de la redacción de la Constitución de 1875 es recomendable la lectura del capítulo que les dedica Jacques Chastenet en: *L'enfance de la Troisième: 1870-1879*, París, Hachette, 1952. Del mismo autor: *La République des républicains: 1879-1893*, París, Hachette, 1954. Al absolutismo parlamentario se refiere Odile Rudelle: *La République absolue 1870-1889. Aux origines de l'instabilité constitutionnelle de la France républicaine*, París, Publications de la Sorbonne, 1982. En penúltimo lugar, quiero mencionar los volúmenes de la historia de Francia de la editorial Hachette que guardan relación con este periodo: de François Furet, *La Révolution : de Turgot à Jules Ferry*, París, Hachette, 1988. Y de Maurice Agulhon, *La République : de Jules Ferry à François Mitterrand*, París, Hachette, 1997. Y finalmente, un libro curioso del historiador de Acción Francesa Jacques Bainville: *La Tercera República*, Madrid, Cultura Española, 1940. La fecha de publicación en España no engaña acerca del tono de la obra.

117. Para la tercera parte, la mejor explicación sobre la síntesis entre el positivismo y la política republicana es la que hace Claude Nicolet en una obra magistral: *L'idée républicaine en France (1789-1924)*, París, Gallimard, 1982. Esta obra ha sido una referencia capital en la elaboración de casi todos los puntos de este trabajo, además de contarse entre las razones por las que el trabajo ha sido realizado. Es verdad que no trata más que tangencialmente la filosofía no positivista que conforma también el basamento de la idea republicana. Esto ha sabido verlo Marie-Claude Blais en una obra mucho más reciente pero no menos reveladora que la de Nicolet: *Au principe de la République. Le cas Renouvier*, París, Gallimard, 2000. Este texto alumbra un aspecto muchas veces omitido de Charles Renouvier: su pensamiento político. Como background de los planteamientos expuestos en estas dos obras, dos referencias más. La primera, de Claude Nicolet también: *La République en France: état des lieux*, París, Seuil, 1992. Y la segunda, dirigida por Serge Bernstein y Odile Rudelle: *Le modèle républicain*, París, Presses Universitaires de France, 1992.

118. Sobre el positivismo de Comte y su relación con la política puede leerse: Dalmacio Negro Pavón, *Comte: positivismo y revolución*, Madrid, Ediciones Pedagógicas, 1996. La referencia más reciente que conozco es la de la obra de Juliette Grange, *La philosophie d'Auguste Comte: science, politique, religion*, París, Presses universitaires de France, 1996. Sobre el legado intelectual de Comte destaca el capítulo que le dedica Michel Winock en *Les voix de la liberté. Les écrivains engagés au XIXe siècle*, París, Seuil, 2001. Para saber más del pensamiento acerca de la libertad individual de Montaigne a Constant recomiendo el excelente libro de Tzvetan Todorov, *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento humanista*, Barcelona, Paidós, 1999.

119. Sobre la influencia de Renouvier y el neocriticismo en el republicanismo: Serge Bernstein (director), *Les cultures politiques en France*, París, Seuil, 1999. Sobre el concepto de 'república', el artículo de Joaquín Abellán, "Sobre el concepto de república", en Kant, Immanuel, *La paz perpetua*, Madrid, Tecnos, 1985. Sobre la evolución del pensamiento kantiano, dos artículos: el primero de Jürgen Habermas: "La idea kantiana de paz perpetua. Desde la distancia histórica de doscientos años", en *Isegoría*, número 16, 1997, páginas 61-90; el segundo de Juan Carlos Velasco Arroyo, "Ayer y hoy del cosmopolitismo kantiano", en *Isegoría*, número 16, 1997, páginas 91-117. Finalmente, Habermas habla del 'patriotismo de la Constitución' en *Identidades nacionales y postnacionales*, Madrid, Tecnos, 2002.

120. La conclusión debe mucho a la obra de Philip Nord, *The Republican Moment: Struggles for Democracy in Nineteenth-Century France*, Cambridge, Harvard University Press, 1995. Sobre las cuestiones ideológicas en vísperas de la Tercera República, léase la obra de François Furet, *La Gauche et la révolution au milieu du XIXe siècle: Edgar Quinet et la question du Jacobinisme, 1865-1870*, París, Hachette, 1986. La controversia en torno a la republicanización de Francia puede seguirse en dos textos: de Sanford Elwitt, *The Making of the Third Republic. Class and Politics in France, 1868-1884*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1975; y de Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen: the Modernization of rural France, 1870-1914*, Stanford, Stanford University Press, 1976. La obra comentada de Pierre Rosanvallon es: *Le peuple introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France*, París, Gallimard, 1998. Asimismo, puede verse: de Oliver Beaud, "Repräsentation und Stellvertretung: sur une distinction de Carl Schmitt", en *Droits*, núm. 6, 1987.

